

# Crítica

## Con el Ojo En la Memoria

### El Palacio de la Risa

Germán Marín. Editorial Planeta, Santiago, 1995, 198 páginas.

por Javier Edwards Renard

**L**A escritura de Germán Marín tiene algo obsesivo y moroso, un avanzar implacable y decisivo que le concede a su obra un perfil grueso, a ratos tosco y agresivo que, sin embargo, en el marco de la narrativa chilena configura un aporte de importancia que no pasará inadvertido.

El año pasado apareció *Círculo vicioso*, primer volumen de un trilogía llamada a indagar las posibilidades de una saga chilena, en la que relato, fuente, trama buscan representar un trozo de nuestra historia y cultura, desde una perspectiva literaria. En esa oportunidad no pude sino destacar cómo el resultado de ese trabajo era, por sobre todo, lúcido y minucioso. Entonces, cuando podría haberse esperado una segunda entrega de la referida trilogía, Germán Marín presenta *El palacio de la risa*, título que recoge dos relatos cortos, *Carne de perro* y el que da el nombre al libro, más el brevísimo texto *Mudo*, todos los cuales fueron —según nota del propio autor— escritos hace más de diez años.

Dejaremos de lado *Mudo*, texto preciso e indispensable que, en medio de las dos novelas, actúa como bisagra, como expresión del silencio y la memoria convertidos en imperativo literario, para concentrarnos en *Carne de perro* y *El palacio de la risa*.

El asesinato de Pérez Zujovic y el recuerdo de villa Grimaldi son, respectivamente, los temas en torno a los cuales Germán Marín articula dos tramas que no escabullen, a un mismo tiempo, el detalle histórico y el comprometido punto de vista del escritor. Pero, desgraciadamente, el resultado no es parejo, ni está a la altura de lo que vimos en *Círculo vicioso*.

De los dos relatos que nos ocupan, sin duda *Carne de perro* es, literariamente, el más flojo. Así, resulta meritorio en cuanto al punto de vista —el relato del asesinato de Pérez Zujovic desde

la óptica de los terroristas— y a la crudeza de un lenguaje iconoclasta que, por momentos, parece querer revertir la imagen de la víctima martirizada. Sin embargo, no logra alcanzar una prosa homogénea y su tono duro, que raspa e incomoda, se deja llevar por una poetización que, en este caso, resulta innecesaria. Asimismo, el curso de la acción tiende a bloquearse como consecuencia de la inserción de largas frases informativas y contextualizadoras.

En todo caso, resulta interesante la forma en que Marín aborda la memoria de este episodio de nuestra historia política, dejando caer sobre él una mirada provocativa que, aun cuando no seduzca con su propuesta, ilumina lo que podríamos calificar como la perspectiva del otro: forma de ver que, en un país devoto de las versiones oficiales, sólo puede explorarse en ese espacio más libre y arbitrario que abre la literatura. Y si puede molestar, herir, ofender, no puede negarse que un párrafo como el que transcribo a continuación tiene el mérito de un acto literario recio que rompe todo convencionalismo, permitiendo escarbar en los intersticios del sinsentido:

“Todo hasta ese momento había salido bien, de acuerdo al plan trazado, pero a pesar del llamado de Arturo a escapar, proseguía allí mirando a la hija de Pérez Zujovic. Su desolación me atraía sin saber por qué, debido tal vez dentro de su pánico, al hechizo que me provocaban, independientes de ella, esas piernas de hembra fina salpicadas de sangre que, como señorita del barrio de Vi-



tacura, eran suaves y largas como unos guantes de terciopelo.” (pág. 27)

Por su parte, *El palacio de la risa* es el relato de un recuerdo, del acto de recordar: “Sólo quedaban de la llamada villa Grimaldi cuando la visité aquella mañana de diciembre, tras haber llegado hacía tres meses a Chile, las huellas de sus cimientos bajo la maleza que crecía salvaje y verde, alimentada por las lluvias del último invierno, en medio de los escombros menores que los dientes de la máquina excavadora no habían podido recoger.” Tarea ardua y dolorosa para el regreso de un exiliado que antes de partir debió conocer el tristemente célebre recinto de la DINA.

Este relato resulta interesante, un preciso trabajo que con la ayuda de la nostalgia, y un tono reflexivo, nos permite dar un vistazo al Chile de la dictadura desde el vértice de la historia individual, del recuerdo personal y de familia, de la historia de los objetos y los lugares. Sorprende Marín, aunque no a la altura de *Círculo vicioso*, con el manejo de las fuentes e información pero, al mismo tiempo, se excede en el dato y debilita la poesía de un texto que —a diferencia de *Carne de perro*— tiene el tono y la naturaleza adecuada para ser un ejercicio clásico de memoria.

En definitiva, sin la precisión y exhaustividad de *Círculo vicioso*, los textos de *El palacio de la risa* —aun escritos con anterioridad— logran confirmar la importancia de Germán Marín en el panorama de nuestros escritores y obligan a esperar, con renovado interés, la segunda y tercera parte de su anunciada trilogía. ■